

Historia

La historia para Pitol es una obsesión desde sus cuentos de los años cincuenta; está ya en sus copiosos prólogos senderos para la editorial Porrúa y en los de *La casa de la tribu* (1989), donde un detalle perfila toda una época: el hogar de Tolstói muestra la importancia de la vida social rusa de entonces. Miguel del Solar, protagonista de *El desfile del amor* (1984), es autor de *El año 14*, crónica del Aguascalientes de la Convención y de una caótica Ciudad de México; su nuevo libro versará sobre los agentes alemanes en México durante la Segunda Guerra Mundial. Profesor en la Universidad de Bristol, es un historiador competente, pero acercarse al pasado es difícil, las fuentes primarias son esquivas, abundan tergiversaciones, malos entendidos, rumores: no son desviaciones del camino sino la materia prima del oficio, del que esta novela presenta una visión llena de pliegues, en un tono que va del examen ecuánime al franco desmadre.

Quizá a Pitol secretamente le habría gustado ser historiador, o no tan secretamente: dejó muchos indicios de ello, su interés es indismulable. En la entrada del 28 de mayo de 1986 de *El viaje* (2000), el recorrido por Tbilisi, la capital de la República Soviética de Georgia, es

una operación constante de construcción y deconstrucción mental. Un viaje a través de varias capas culturales que se han superpuesto en la región, dejando vestigios de lo que ha sido la era de Bizancio, Persia, los eslavos del primer milenio, las iglesias cristianas del siglo v, la influencia del Asia Central, el sofismo. Visualmente bañada por la luz nocturna, Tbilisi es una ciu-

SERGIO PITOL, PUERTAS *y ventanas*

Alfonso Colorado



Brenda Castillo: S/t. Fotografías de Ángel Rueda

dad andaluza enclavada en el Cáucaso. La presencia persa equivale a la árabe en España.

Una analogía pertinente resume mil cosas. Detrás de la observación atenta hay numerosas lecturas; juntas alumbran una sencilla y poderosa lección: el pasado modela todo.

Aculturación

Quizá mi párrafo predilecto de sus ensayos sea uno de "Siena revisitada" (1996):

...la experiencia europea me hizo ser consciente, a pesar de que mis intereses fueran verdaderos, de que corría el

Brenda Castillo: *Introspección I*

riesgo de forjarme una cultura libresca, una recitación, un engolosinamiento [...]. Podía recitar una lista de palacios o iglesias construidas por Palladio o Brunelleschi, y en cambio tenía lagunas abrumadoras en el barroco mexicano, en el horizonte trunco de los olmecas y los mayas, para solo citar algunos ejemplos. Supe que necesitaba capturar ese pasado para moverme con soltura por el mun-

do. Era la columna vertebral que debía sostener el rico organismo al que aspiraba. Sin una afirmación de su lenguaje, el viajero pierde la capacidad de aspirar a traducir el Universo; se convertirá, tan solo, en un intérprete a nivel de guía de turistas.

Es imposible saber si el autor pensó esto durante su estancia en la Italia de los años sesenta descrita en el texto, o si 30 años después la experiencia adquirió otro sentido. Lo seguro es que en 1963 apareció en *La Palabra y el Hombre* "Hora de Nápoles", que consigna fotográficamente el embarque de migrantes rumbo a Estados Unidos. Aquel joven escritor, hijo y nieto de italianos, descubre en Europa un tópico asunto que gravitaba en su propia familia. El impacto lo llevó a practicar, por vez primera y única en su carrera, una crónica periodística apenas disfrazada de cuento.

Pitol antropólogo: la aculturación, o de cómo conocer otra cultura modifica la propia.

Ópera

La ópera aparece de mil maneras. En 1977 en *La Palabra y el Hombre* se publicó "La ópera: música en acción" de Michel Leiris, traducida por Pitól. Uno de sus personajes más memorables, Billie Upward, hace furiosas disquisiciones sobre *Las bodas de Fígaro* de Mozart en *Juegos florales* (1982). "*Don Giovanni: ese dramma giocoso*", abre *Pasión por la trama* (1998). Pitól evita el arrobo del melómano que despliega aparatosos lugares comunes y en vez de ello a partir de la ópera configura motivos, subtramas y personajes de su narrativa, mientras en sus ensayos disecciona sus vastas implicaciones. La entrada del 3 de junio de 1986 de *El viaje* describe el Teatro de la Ópera de Cámara de Moscú, donde las funciones de *La nariz* de Shostakóvich y *El progreso del libertino* de Stravinski constituían, en la URSS de la perestroika, una sutil toma de postura política, teñida de protesta, de apertura, de renovación. En "Viaje a Chiapas" (1996) compara al presidente de México con Scarpia, protagonista de *Tosca*: ambos ejercieron un poder tan descomunal como lo fue su desplome. En estos y muchos otros ejemplos Pitól vindica una y otra vez una tradición fundamental de la ópera: su dimensión política.

Globalización

En "Confusión de los lenguajes" (2013) hay un párrafo ambiguo:

Oigo a veces a jóvenes hablar de un pasado que no conocieron, asfixiado, dicen, por un nacionalismo estrecho que paralizaba la creación y em-

pobrecía la vida. Podría, claro, haber otra clase de problemas, pero mi experiencia de esa época es completamente diferente [...] puedo entonces afirmar que nuestras opciones culturales eran muy variadas y que nuestra situación periférica a las lejanas metrópolis en cuyos libros nos formábamos no nos parecían tan aplastantes como se piensa hoy sobre aquella época.

La fecha puede aclarar quiénes son los interlocutores a los que el autor se dirige. Pitol lo escribió, al parecer, a mediados de 1990, en plena euforia por la caída de la URSS, el presunto *fin de la historia* y el ascenso imparable de la globalización. El discurso en México de las elites políticas y culturales era que todo atisbo del modelo anterior (un Estado fuerte, nacionalista, benefactor) debía ser eliminado sin contemplaciones. Pitol, como otros autores, discrepó en sordina de aquellas exigencias de tabla rasa, del triunfalismo capitalista, de la promesa de las mieles que nunca llegaron para la gran mayoría.

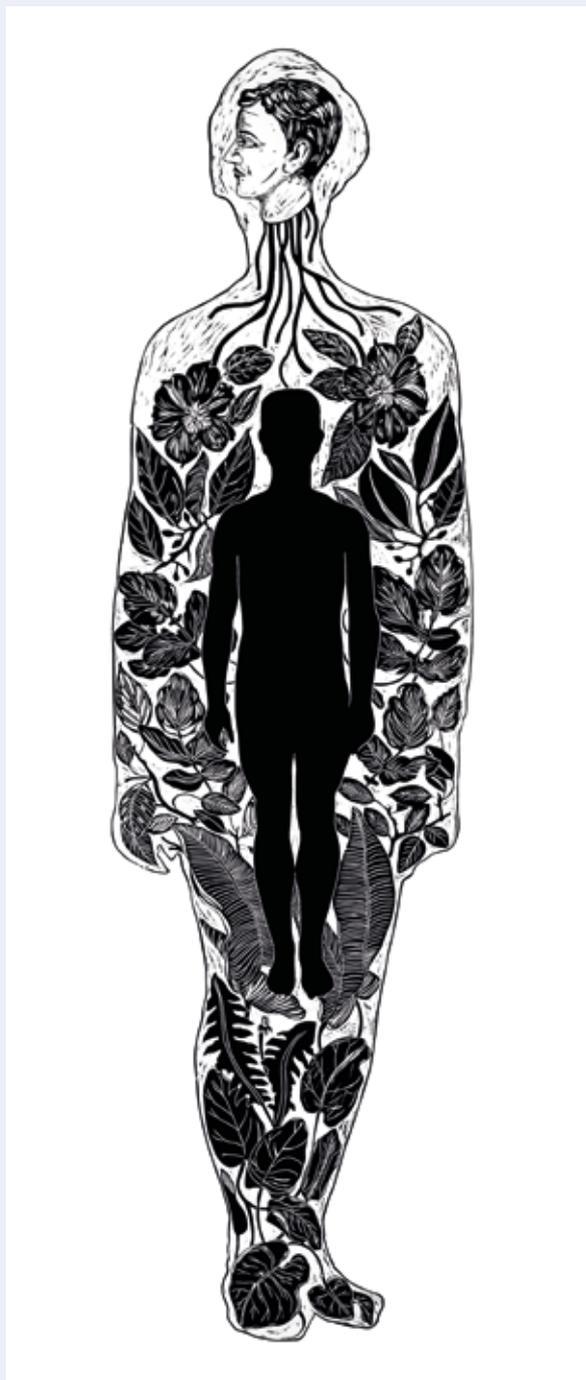
Mala leche

Pitol es un autor conocido por la variedad de su humor, que alcanza cotas desaforadas (como señala Mario Muñoz, hace falta más Gombrowicz y menos Bajtín al estudiarlo). En *El desfile del amor* la baronesa Lewenthou anuncia en San Luis Potosí que ha descubierto a un contratador indígena que asombrará al mundo. En "Asimetría" (1979) dos hermanas mexicanas de alta cuna viven en París entregadas a la ópera, una como *connaisseur*, la otra como cantante. El contratador solo emite graznidos, la envejecida señorita es abucheadada en una función de *El turco en Italia* de Rossini. El narrador se carcajea, se solaza en lo grotesco y agrega una (indispensable) pizca de mala leche porque ajusta cuentas con una protagonista constante de su obra: la elite perdedora de la Revolución. Esta muestra su irremediable provincianismo al confiar ciegamente en una aventurera de oscuro origen napolitano. Igualmente, las dos hermanas serán muy distinguidas en México pero en París es patente su anacronismo, su inercia, su desconocimiento absoluto de la realidad.

Lamentable o afortunadamente (depende para quién) la literatura no está constreñida por lo políticamente correcto.

Política

Movimientos sociales, corrupción gubernamental, traición de los ideales, disputas por el poder, vileza empresarial, aparecen en ensayos, cuentos, novelas, textos de memorias... En *El viaje*, la entrada del 20



Brenda Castillo: *Introspección 2*

de mayo de 1986 dice: "Con Kyrim, como con todos los amigos rusos, discutía hasta la madrugada sobre cine, literatura, ópera, gente y, desde luego, política". Pitol es uno de los autores más sofisticados de la lengua española pero no todo es vuelo creativo, juego formal, refinamiento estilístico; hay un no menos exquisito análisis político, siempre con una postura clara, que no militante. Pitol guarda-

Brenda Castillo: *Introspección 3*

ba como un valioso recuerdo de su juventud haber saludado a Bertrand Russell en una protesta antinuclear en Trafalgar Square. Fue a decenas de manifestaciones, hasta el final.

El Mundial de Fútbol

El Mundial de Rusia estaba a punto de inaugurarse el pasado mes de junio. Justamente desde la antigua URSS se lee en *El viaje* (2 de junio, 1986):

¡Estoy tan feliz de haber vuelto! [...] El progreso de la ciudad resulta evidente en su limpieza. Han restaurado muchos edificios durante mi ausencia y las editoriales traducen más. Se publican libros que hace apenas cinco años parecía imposible de imaginar en Rusia [...] Musil [...] la Woolf [...] Evelyn Waugh [...] Hermann Broch. Es evidente que un nuevo deshielo ha comenzado [...] En el hotel vi por televisión la inauguración de la Copa Mundial de Fútbol. Nuestro presidente no pudo hablar; fue interrumpido por un público vociferante que lo obligó a callarse. Hago listas de personajes en mi novela. Tres o cuatro grupos familiares. Todos tienen hermanos o hermanas, no me explico por qué, pero así lo requiere la trama. La lectura de Gógol es indispensable. Será la columna fuerte de la estructura.

Pitol está en la URSS, observa las novedades literarias y la actualidad política; relata la génesis de *Domar a la divina garza* y la arquitectura de la ciudad, pero no desatiende México. En el otro extremo del mundo puede escuchar lo que ningún televidente mexicano oye, la rechifla es cuidadosamente censurada.

Melcocha

Muchos personajes pitolianos emplean un “lenguaje cuartelario”, como lo llama el autor. En *El desfile del amor* la erudita Ida Werfel alburea victoriosamente al mismísimo Martínez, un trácala, un vivalde, un soberano o tunante. El final de *Domar a la divina garza* debe ser uno de los más escatológicos de la lengua española: el protagonista termina, literalmente, hecho mierda. En *El mago de Viena* (2005) aparece

Polidora, la protosemántica, como con embeleso suelen aludirla sus admiradores refinados, pero también, ¡qué se le va a hacer!, los cursis, la distinguida señora Polidora, como la conocen los funcionarios, los comerciantes y los profesionales ricos, a diferencia del vulgo, que al pan le llama pan, y que se refiere sencillamente a ella como “el mejor culo del mundo”. A unos les resultará una santa, a otros una grandísima puta, a un tercero ambas cosas y muchas más.

De nuevo resulta que un escritor exquisito, cuya obra se alimenta de la ópera de Monteverdi, el teatro de Shakespeare y la pintura de Vicente Rojo (o quizá justamente por eso) vindica la vulgaridad, lo escatológico, lo popular y lo populachero. Me parece fundamental esta lección pitoliana: el consumo exclusivo de productos refinados deviene en manierismo y, al final, en melcocha.

1968

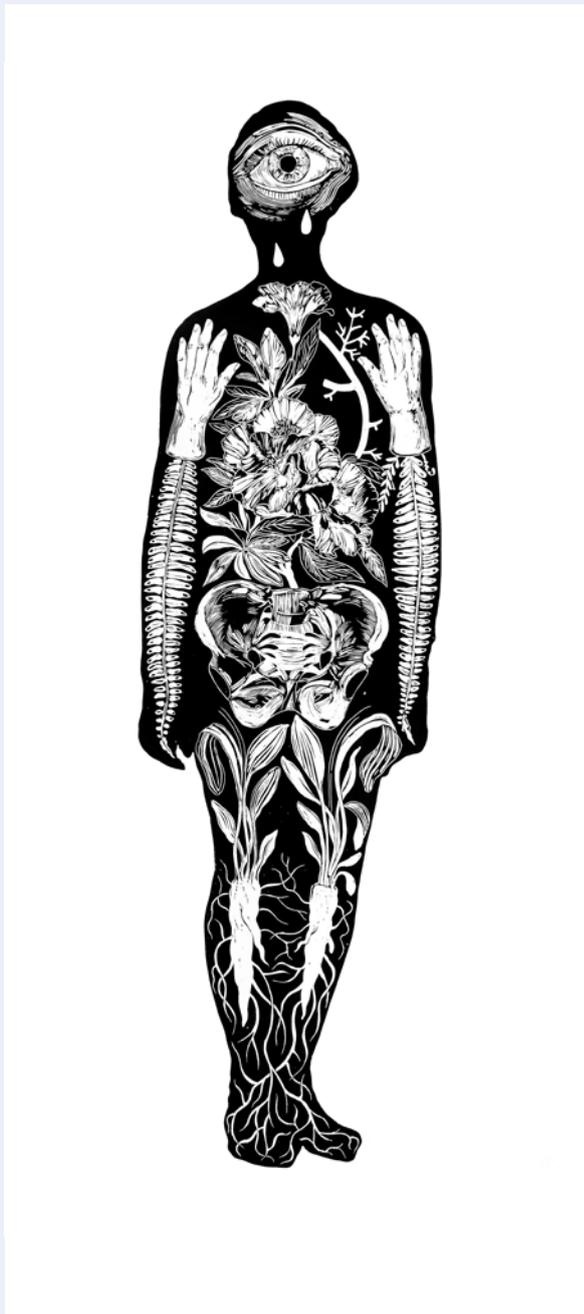
“Un hilo entre los hombres” (1963) trata sobre un adolescente de provincia que se traslada a la Ciudad de México para estudiar; la metrópoli, el ambiente cultural, el trato con su culto abuelo, le abren el mundo. El idilio se resquebraja cuando el hermano de su novia es detenido en un acto de protesta contra el presidente de la República. Cuando pide a su abuelo que intervenga,

en vez de hacer la llamada telefónica, con ello hubiera bastado, comenzó a hablar en términos vagos y vacíos de un orden constitucionalmente establecido, del acatamiento que exige la ley, y luego ofreció a su nieto el espectáculo degradante de citar las noticias ofrecidas por los diarios y repetir que bajo aquellos movimientos, aparentemente espontáneos, se movían fuerzas oscuras que pretendían abolir, destruir, minar el orden legal.

Cinco años antes de Tlatelolco este escritor mexicano radicado en China escribió un relato sobre el abismo generacional que en México, como en todas partes, definía la época; sobre la crispada inconformidad estudiantil, sobre la fosilización de ese orden político (el de Guarneros, Delfina Uribe, la Falsa Tortuga y otros personajes pitolianos) de erosionada legitimidad que enarbolaba un solo argumento: el de las fuerzas oscuras. El cuento anuncia con claridad profética el conflicto. En los 50 años de Tlatelolco es indispensable comenzar por aclarar que no todo comenzó en 1968.

Bajar de la nube (y no es Cornelio Reyna)

Una tarde en casa de Pitol se habló de la *Elektra* de Strauss. Expresé mi entusiasmo por la grabación de 1967 dirigida por Georg Solti con Birgit Nilsson, lo que dio pie a que Pitol hablase de las veces que vio al director húngaro dirigir en el Palais Garnier y en Covent Garden; de sus versiones de *Ariadna en Naxos*, *La mujer sin sombra*, *Arabella*; a comparar su *Salomé* de 1962 (también con la Nilsson) con la *Salomé* de 1954 de Clemens Krauss y Christel Goltz; de directores straussianos como Karl Böhm, Dmitri Mitropoulos o Rudolf Kempe (cuya grabación integral de la obra orquestal de Strauss Pitol tenía en discos de la RDA), etc. A pesar de esta variedad seguía yo en el mismo tema, la admiración ilimitada por el compositor. Sin decir palabra, el anfitrión se levantó y fue a su biblioteca, donde bajó de un estante un libro de Klaus Mann con un perfil de Strauss al final de la Segunda Guerra Mundial. Ahí aparece un compositor insensible a la suerte de sus compatriotas, preocupado solo por sus finanzas



Brenda Castillo: *Introspección 4*

o por las mínimas incomodidades que le ocasionó la guerra. El texto italiano fue leído como si estuviese en español. Tras terminar la lectura Pitol no agregó nada. Pocos minutos y unas líneas le bastaron para mostrar el otro lado de las cosas, para alertar contra la idealización del arte o los artistas, para ratificar que nunca se debe bajar la guardia. **LPyH**

Alfonso Colorado es ensayista.